

UNA IDENTIDAD TERREMOTEADA

COMUNIDAD Y TERRITORIO EN EL CHILE DE 1960

UNA IDENTIDAD TERREMOTEADA
COMUNIDAD Y TERRITORIO EN EL CHILE DE 1960

BÁRBARA SILVA AVARIA
ALFREDO RIQUELME SEGOVIA

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869– Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición enero de 2018

Este texto fue sometido al sistema de referato ciego externo

Registro de propiedad intelectual N° 285.759
ISBN libro impreso: 978-956-357-132-5
ISBN libro digital: 978-956-357-133-2

Este libro es producto del Proyecto N° 1070445 del Fondo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (Fondecyt)

Director colección Historia
Daniel Palma Alvarado

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño de la colección y portada
Francisca Toral

Diagramación interior
Francisca Toral

Imagen de portada: Casa totalmente destruida tras el terremoto. Año 1960.
Autor no identificado. Colección Museo Histórico Nacional.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

UNA IDENTIDAD TERREMOTEADA

COMUNIDAD Y TERRITORIO EN EL CHILE DE 1960

BÁRBARA SILVA AVARIA
ALFREDO RIQUELME SEGOVIA



EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

terremotear.

- 1. intr. Chile. Dicho de la tierra: Temblar con fuerza.*
- 2. prnl. Chile. Experimentar momentos críticos en la vida¹.*

ÍNDICE

UNA INVESTIGACIÓN TERREMOTEADA.....	11
Identidades y naciones.....	12
La identidad chilena y sus versiones.....	17
La imaginación espacial de las naciones.....	19
Conmemoraciones, catástrofes e identidades.....	23
CAPÍTULO I. UNA CONMEMORACIÓN TERREMOTEADA.....	27
Chile hacia 1960.....	29
Catástrofe en el sesquicentenario.....	32
La conmemoración de siglo y medio.....	38
CAPÍTULO II. LA CONFIGURACIÓN SIMBÓLICA DEL TERRITORIO.....	49
La nación telúrica: entre naturaleza, cultura e historia.....	51
La silueta del territorio.....	61
Carácter de una comunidad “forjada en la adversidad”.....	67
El territorio como paisaje identitario y diverso.....	78
Religión y territorio.....	93
CAPÍTULO III. LA MATERIALIDAD DEL TERRITORIO Y LA POLÍTICA.....	105
Otras tierras y otros paisajes: el océano, los recursos y las ciudades.....	107
Conocimiento de Chile y nacionalización del territorio.....	118
La evocación de las guerras.....	130
La solidez institucional.....	138
El patriotismo puesto a prueba.....	145
LA IDENTIDAD TERREMOTEADA.....	151
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....	155
NOTAS.....	165
AGRADECIMIENTOS.....	187

UNA INVESTIGACIÓN TERREMOTEADA

En el verano del 2010, la madrugada del 27 de febrero, la mayor parte de los chilenos despertó abruptamente con un fuerte terremoto. La confusión de aquella noche se traduciría en un cruce de sensaciones de temor e inseguridad, entereza y valentía, incertidumbre e incredulidad, y se extendería durante las horas, días y meses siguientes. Así, el ánimo de la sociedad chilena en el 2010, el año del bicentenario, experimentó una inesperada y radical modificación como consecuencia de ese fenómeno telúrico que a las 3:34 de ese día de febrero remeció a gran parte del territorio nacional. El terremoto de 8,8° en la escala de Richter devastó las regiones del Biobío y del Maule, afectando directamente a la mayor parte de la población establecida en estas y otras regiones del país. La violencia del sismo y del tsunami que se desencadenó en las horas siguientes, así como las reacciones institucionales y sociales que produjo la catástrofe, transformaron la subjetividad de los chilenos y las prioridades nacionales a lo largo del año que comenzaba y marcaron, asimismo, la conmemoración de los 200 años de la independencia nacional².

Desde una perspectiva histórica, lo sucedido en el 2010 no fue sino la manifestación reciente de un fenómeno constante y periódicamente presente en la historia de Chile: la súbita irrupción de las fuerzas tectónicas en su vida histórica³. Incluso, no se trataba de la primera vez que una significativa conmemoración nacional era sacudida por la furia de la naturaleza. Medio siglo atrás, en 1960, el año del sesquicentenario de la independencia nacional, la población de las actuales regiones de los Ríos, de los Lagos, de la Araucanía y del Biobío había experimentado el terremoto más intenso desde que existen registros sismográficos en el mundo: 9,5° en la escala de Richter⁴.

El terremoto del 27 de febrero del 2010 y el impacto que provocó se extendieron a nuestra propia investigación entonces en curso acerca de las ideas e imágenes en torno a la nación en el año del sesquicentenario. Sin que aún lo hubiésemos previsto del todo, esa experiencia contribuyó a abrir nuestra visión hacia la interacción entre la nación y sus terremotos. De esta manera, volvíamos a comprobar cómo en la historia las preguntas surgen desde nuestro presente. Como investigadores, experimentábamos en primera persona de qué manera la convergencia entre fenómenos sísmicos y las construcciones identitarias y nacionales es un espacio rico en análisis. A partir del 2010, se nos hizo explícito cómo en nuestra investigación, el terremoto de 1960 abría posibilidades interpretativas hacia la dimensión telúrica de las representaciones nacionales. A su vez, éramos testigos de la convergencia de una conmemoración republicana y de un movimiento sísmico de envergadura, tal como ocurriera con motivo de la conmemoración del siglo y medio del surgimiento de la nación y la república⁵. De esta manera, teníamos ante nosotros una nueva puerta de entrada hacia la comprensión y análisis de las naciones y sus identidades.

Identidades y naciones

El concepto de identidad permanentemente circula a través de nuestras sociedades. Las personas “se identifican” en distintas instancias: desde su cédula de identidad hasta la pertenencia a un determinado grupo. Sin embargo, al reparar en la palabra identidad, es posible comenzar a observar sus complejidades. Etimológicamente, el concepto de identidad apela a lo idéntico, en el sentido de uno, único e igual a sí mismo⁶. Sin embargo, aplicado a las identidades colectivas se hace más evidente el conflicto –más velado en las identidades individuales– entre algo que se quiere ser y las variadas visiones, perspectivas y posiciones que por su misma naturaleza integran. Tanto es así que la homogeneidad “absoluta” de

una identidad colectiva suele indicar su imposición desde el poder, acompañada de la represión de otros rasgos o factores identitarios presentes en esa sociedad.

Esa presencia y circulación de los conceptos de identidad y nación en la vida cotidiana de las sociedades contemporáneas han llevado, en parte, al estudio de estos fenómenos por parte de disciplinas relacionadas con las humanidades y las ciencias sociales. A ello se suma que esta presencia y circulación han sido una de las claves para comprender diversos procesos históricos.

Tal como Anthony Smith planteara en torno a las construcciones nacionales⁷, las identidades colectivas son formaciones históricas que están en permanente construcción y nunca acaban de constituirse de modo definitivo como un conjunto fijo de cualidades y experiencias comunes, ya que de hacerlo se convertirían en sustratos estáticos, inmunes al tiempo y a la historicidad. En este sentido, reflexionando en torno a la identidad chilena, el sociólogo Jorge Larraín rechaza el *esencialismo*, pues al concebir “la identidad nacional como una esencia inmutable y constituida en un pasado remoto, de una vez para siempre, como una herencia intocable, todo cambio o alteración posterior de sus constituyentes básicos implica necesariamente no solo la pérdida de esa identidad sino que además una alienación”⁸. Por el contrario, sostiene que si la identidad nacional se comprende “como un proceso histórico permanente de construcción y reconstrucción de la *comunidad imaginada* que es la nación, entonces las alteraciones ocurridas en sus elementos constituyentes no implican necesariamente que la identidad nacional se ha perdido, sino más bien que ha cambiado, que se va construyendo”⁹.

La referencia aquí es a Benedict Anderson, quien define la nación como una comunidad imaginada propia de la modernidad. Se trata de un grupo humano definido e identificable, en el cual la vinculación de los miembros excede la co-presencia y, por lo tanto, habría un desplazamiento desde una comunidad concreta hacia la conformación de una cada vez más abstracta. La nación es imagina-

da “como *comunidad* porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal”¹⁰. Lo que distinguiría a la nación de otras comunidades imaginadas es que se trata de “una comunidad política” y que es “imaginada como inherentemente limitada y soberana”¹¹.

Por su parte, el antropólogo Anthony D. Smith propone un concepto de nación que combina la búsqueda de legitimidad en el pasado y el reconocimiento de ciertas esencias nacionales, junto con su carácter construido. De ese modo, propone la comprensión de la nación como una comunidad humana que ocupa un territorio, tiene mitos comunes, una cultura pública y una historia compartidos, una economía singular, así como los mismos derechos correspondientes y deberes exigibles a todos sus integrantes¹². Su concepción *etno-simbólica* de las naciones integra elementos de larga duración junto a los modernos.

Esta propuesta etno-simbólica busca alejarse de la antinomia esencialista-constructivista que se ha planteado en torno a los procesos de construcción nacional. Larraín explica esa postura constructivista a partir de la “capacidad de ciertos discursos para *construir* la nación, para interpelar a los individuos y constituirlos como *sujetos nacionales*”¹³. Para el autor de *Identidad chilena*, “al privilegiar el rol fundante de los discursos altamente coherentes y articulados, el constructivismo necesariamente concibe la identidad nacional como construida *desde arriba*, en la esfera pública, y descuida las formas discursivas y prácticas populares y privadas”¹⁴. Por esto, propone lo que llama una concepción histórico-estructural como alternativa a la antinomia esencialismo-constructivismo.

En América Latina, por la situación histórica en que comenzaron a configurarse las identidades nacionales a partir de las revoluciones de independencia, los discursos que les dieron forma provinieron de las élites¹⁵. Luego, con el paso del tiempo, se levantaron otras voces y perspectivas respecto de lo nacional, incorporando esas formas y prácticas que parecían haber

quedado de lado en un comienzo, problematizando la perspectiva de construcción identitaria “desde arriba”¹⁶. Naturalmente, la forma, el fondo y el ritmo de esta incorporación dependerían de los procesos históricos de socialización y extensión nacional de cada realidad latinoamericana.

Esta articulación de distintas perspectivas sociales en la construcción nacional ya había sido planteada por Eric Hobsbawm. Él comprende la nación como un grupo humano que comparte ciertos factores subjetivos, como la voluntad de conformarse como nación, junto a factores de carácter objetivo sobre los cuales esa subjetividad se hace posible, tales como lengua, religión, etnia, territorio, y también una entidad político-administrativa reconocible: el Estado¹⁷. En la construcción nacional también se hace necesario, además de los factores mencionados, lo que Hobsbawm define como proto-nacionalismo popular, apelando a ciertas características y factores de los sectores sociales populares que son clave para la nación. De esta manera, si bien las élites pueden ser quienes dirijan el proceso, no pueden dejar de crear mecanismos de integración (retóricos o prácticos) de otros sectores sociales¹⁸.

Mary Fulbrook coincide en este punto, y afirma que “las naciones son construcciones sociales, políticas y culturales, que pueden ser experimentadas y reproducidas colectivamente, o desafiadas en mayor o menor extensión”¹⁹. Siguiendo en esta línea de visibilizar a aquellos sectores sociales que no pertenecen a las élites, Larraín plantea que la identidad nacional no es solo producto de “un proceso discursivo público, sino que también considera las prácticas y significados sedimentados en la vida diaria de las personas”²⁰. En el mismo sentido, afirma que desde el poder no se podría monopolizar todas las versiones de identidad, “sin considerar las formas populares, los significados y las tradiciones decantadas en la vida diaria por prácticas de larga data; en otras palabras lo que podría llamarse tradición o herencia cultural”²¹.

En este sentido, la relevancia de la dimensión cultural sería clave, ya que, tal como plantea Smith, “las colectividades culturales

son mucho más estables porque los elementos culturales básicos desde los cuales ellas se construyen –memorias, valores, símbolos, mitos y tradiciones– tienden a ser más persistentes y vinculantes: representan elementos recurrentes de una continuidad y diferencia colectivas”²². Por lo tanto, no solo desde la realidad latinoamericana, sino también desde varias teorías, la articulación de lo político y de lo cultural en la construcción de las naciones se vuelve un problema a dilucidar.

El historiador español José Álvarez Junco entiende por nación a “grupos humanos que creen compartir características culturales comunes (...) y que basándose en ellas, consideran legítimo poseer un poder político propio, sea un Estado plenamente independiente o un gobierno relativamente autónomo dentro de una estructura política más amplia”²³. Por lo tanto, aquellos aspiran al ejercicio de la soberanía sobre el territorio que esta comunidad o grupo habita.

Por su parte, siguiendo a François X. Guerra²⁴, nos parece muy clarificador distinguir entre la nación como comunidad política soberana, la nación como asociación de individuos-ciudadanos y la nación como identidad colectiva con un imaginario común compartido por sus habitantes. Las dimensiones de la nación –que pueden sucederse o coexistir– sintetizadas en esos conceptos parecen muy adecuadas para interpretar el devenir histórico chileno en cuanto a la formación y consolidación de la nación y de la identidad nacional.

A partir de los aportes de los diversos estudiosos de la historia de lo nacional cuyas perspectivas y concepciones hemos reseñado, definimos como nación a un grupo humano que, sobre la base de ciertas características culturales compartidas ampliamente por sus integrantes, construye una comunidad imaginada, limitada y soberana que se identifica con una historia común, una cultura pública, una economía, deberes y derechos comunes, y que considera legítimo poseer un poder político propio en un territorio definido. En pocas palabras, entendemos la nación como un grupo humano relativamente extenso, que en una vinculación político-cultural, reivindica su propia soberanía.

Si bien los factores de unidad constituyen elementos imprescindibles de cada nación y de su identidad, coincidimos con Jorge Larraín en que la pluralidad, articulación y coexistencia que se establece en las sociedades contemporáneas entre discursos en torno a la identidad son disímiles e incluso antagónicas. Esto se traduce en “varias versiones públicas de identidad en competencia interpelando los mundos privados”, lo que contribuye a explicar que “la gente mantiene su capacidad crítica para discriminar, aceptar o rechazar estas ofertas de identidad. La identidad (...) existe más bien en la relación dinámica de los diversos discursos identitarios con el auto-reconocimiento efectivo de la gente en sus prácticas”²⁵.

La identidad chilena y sus versiones

El análisis de los procesos de construcción nacional y de formación y transformación de las identidades colectivas de las sociedades, integrando las perspectivas cultural y política en su historicidad, constituye un ámbito de investigación y reflexión que ha alcanzado un amplio desarrollo.

En América Latina, este desarrollo se vio de algún modo condicionado por los procesos de transición a la democracia vividos por varios países de la región entre 1980 y 1990. En estos procesos fueron cruciales las identidades colectivas, los movimientos sociales y las demandas ciudadanas de participación, libertad e igualdad, cuestiones que, de un modo u otro, se vinculan estrechamente a lo nacional y a las identidades²⁶.

En ese marco, el estudio de la nación como formación histórica ha comenzado a desarrollarse en Chile, superando y cuestionando la visión de carácter esencialista forjada por la historiografía decimonónica, que hacía de aquella una suerte de sujeto que se desplegaba en la historia permaneciendo idéntico a sí mismo. Esa visión de la historia nacional centraba su mirada en la consolidación de la república privilegiando los aspectos políticos, bélicos y adminis-

trativos. Durante el siglo XX, aunque se incorporan los conflictos ideológicos y sociales, estos se daban en el marco de una nación cuya historicidad no era problematizada.

El estudio de la formación histórica de la nación y de la identidad chilena, pues, ha dado lugar cada vez más a trabajos que lo abordan desde diferentes enfoques disciplinarios e interdisciplinarios. Entre estos destacamos, por ejemplo, los realizados desde la historia, la sociología²⁷, la antropología²⁸ y los estudios culturales²⁹.

Jorge Larraín ha realizado un análisis sociológico de la identidad chilena, distinguiendo varios tipos ideales de sus distintas versiones que han circulado durante nuestra historia republicana. Estos serían la militar-racial, la hispanista, la esencialista católica, la psicosocial, la empresarial postmoderna, y la de cultura popular³⁰. En la historiografía, Mario Góngora y Ricardo Krebs –al ir más allá de un enfoque ideológico nacionalista en que la nación aparecía naturalizada, como Francisco Antonio Encina o Alberto Edwards–, pueden ser considerados como precursores del estudio de la nación como formación histórica, en el acotado marco de las universidades chilenas durante la década de 1980³¹. Más recientemente, en espacios académicos que lentamente han ido recuperando la diversidad de enfoques y temas, así como el diálogo interdisciplinario con otras ciencias sociales, el análisis histórico de la formación y transformación de la nación y de la identidad nacional ha empezado a ocupar un lugar más destacado³², tal como el análisis de la nación desde la integración y exclusión de los pueblos originarios³³.

En el ámbito de la historiografía reciente acerca de lo nacional en el Chile contemporáneo, cabe destacar el aporte de Patrick Barr Melej, quien ha realizado un estudio sobre el nacionalismo democrático de la clase media chilena durante la primera mitad del siglo XX, que conjuga una muy rigurosa investigación empírica basada en fuentes literarias, pedagógicas y políticas, con interpretaciones innovadoras y sugerentes³⁴. Su comprensión de la trayectoria de la chilenidad desde la época de la dominación oligárquica hasta la del Frente Popular, en el contexto de una lucha por la hegemonía entre

diversas versiones ideológicas del significado de la nación (conservadora y autoritaria, reformista y revolucionaria), coincide en muchos aspectos con el modo en que queremos abordar la época del sesquicentenario. Además, contribuye a establecer los antecedentes histórico-ideológicos de las versiones de chilenidad que se confrontan con motivo de esa efeméride.

En este sentido, hay que considerar lo planteado en los recientes estudios respecto al estado de la cuestión historiográfica en torno a lo nacional en América Latina, los cuales coinciden en que es un área en que es necesaria, junto a nuevas interpretaciones y enfoques, una mayor acumulación de investigaciones empíricas. De este modo será posible elaborar un conocimiento respecto de la nación y la identidad nacional que considere las particularidades y especificidades latinoamericanas, a la vez que pueda dialogar con la corriente principal de los estudios sobre lo nacional a nivel global. Hasta ahora las interpretaciones generales sobre el fenómeno han considerado sobre todo la experiencia de las naciones europeas, asiáticas y africanas, omitiendo los casos latinoamericanos, o abordando los procesos de formación nacional en esta región con una base empírica muy insuficiente³⁵.

La imaginación espacial de las naciones

La bibliografía comentada muestra cómo algunos estudios relativos a naciones y nacionalismos suelen enfatizar los análisis de carácter político, mientras otros se centran en aquellos de tipo cultural, o bien, generan una combinación entre ambas perspectivas. El análisis aquí propuesto pretende visitar la relación entre política y cultura en la construcción de la nación en Chile, integrando una perspectiva telúrica, la que se asocia íntimamente con la historia de la nación. Ese sentido histórico puede comprenderse desde la permanencia del componente territorial o geográfico en la construcción de la nación. A su vez, esto permite instalar los cambios y giros

en la comprensión y construcción de esta, precisamente, en base a esa continuidad de cierta primacía de su dimensión espacial³⁶. Por cierto, el espacio imaginado como nacional es entendido aquí como el vínculo entre una comunidad de seres humanos y un entorno, un “lugar en el mundo”, con toda la amplitud de significado que ello implica, y no reductible exclusivamente a las condiciones legales o geopolíticas de un determinado territorio.

Aun si consideramos a la nación como una formación histórica característica de la modernidad³⁷, la presencia de la espacialidad en la configuración de las comunidades humanas puede observarse en una duración inmensamente más larga. Ya desde la revolución del neolítico, el arraigo en determinados territorios cambió el destino de una humanidad hasta entonces nómada y supuso la configuración de un vínculo con la tierra y el entorno que tomó diversas formas a lo largo y ancho de la historia. Una de ellas es la nación moderna, esa “comunidad imaginada como soberana y limitada”³⁸, que se materializa en un Estado cuya legitimidad y alcance se enraizan en lo nacional³⁹.

La vinculación con determinados espacios es parte de la condición humana, tanto a nivel individual como colectivo. Sin embargo, la existencia de un vínculo no es en absoluto sinónimo de una pertenencia o una adscripción inmutable, delimitadas de una vez para siempre. De hecho, el vínculo humano con *su* territorio tiene una importante dimensión simbólica, en tanto las personas y las sociedades también se imaginan territorialmente. En este sentido, el espacio y el territorio son dinámicos, y están sujetos a los mismos procesos de cambio que la historia, aun cuando su propio tiempo geológico tienda a hacer creer que se trata de vinculaciones más permanentes. De hecho, el territorio, más que un equivalente del espacio, refiere a su dimensión social: “[el] territorio designa todo espacio socializado, apropiado por sus habitantes (...) [los que] tienen en efecto una memoria, así como también una práctica, una representación de ese espacio”⁴⁰. De esta manera, observar su vinculación con las sociedades y con los

procesos de construcción nacional se vuelve pertinente y puede abrir interesantes líneas analíticas.

Por su parte, esa construcción territorial de la nación se vincula con el rol realizado, en buena parte, por intelectuales, en torno a la formación y transformación de una esfera pública de debate, en la que intervienen con símbolos e historias o grandes relatos⁴¹. Asimismo, para que un legado histórico-cultural común se convierta en un factor de la identidad nacional, sentimiento nacional o nacionalismo (para, en otras palabras, esencializar los lugares comunes), se requiere cierta acción del Estado que lo prefigure. Santos Juliá sostiene que se requieren “inventores de la nación y constructores del Estado”⁴², pues “el sentimiento nacional no es espontáneo más que cuando ya ha sido perfectamente interiorizado; antes hace falta haberlo enseñado”⁴³. Además de haberlo enseñado, hace falta su socialización y circulación, para lo cual las instancias conmemorativas abren rutas para intensificar dicho sentimiento. En ese mismo sentido, Mary Fulbrook argumenta que “la identidad nacional (...) es un constructo humano, evidente solo cuando suficientes personas creen en alguna versión de la identidad nacional como realidad social, incorporada y transmitida a través de instituciones, leyes, costumbres, creencias y prácticas”⁴⁴.

Para apreciar esa socialización de las identidades nacionales es relevante incorporar el concepto de imaginario. El uso polisémico de este concepto se origina en el reconocimiento que la vida de los individuos y las colectividades no se limita a las realidades materiales o tangibles, sino que comprende representaciones del propio lugar y del rol que se desempeña en la sociedad. De esta manera, el imaginario es el conjunto de esas representaciones que se constituye en las esferas de las ideas y de las ideologías, pero también de la cultura y de las mentalidades.

Así, el imaginario refiere a la concepción simbólica que circula de la nación, la que, junto a los discursos políticos y al interior de estos, amplía el campo social de recepción. Por esto, los imaginarios dialogan permanentemente con las ideologías, entendien-

do por estas los sistemas estructurados de concepciones que definen el comportamiento sociopolítico de un grupo más o menos amplio de seres humanos, en consideración a un orden deseado de la sociedad, sobre la base de un conjunto de certezas, valores y de ciertas experiencias compartidas. De esta manera, la formación histórica de las identidades colectivas –en este caso de la nación–, no se realiza solo en el ámbito ideológico, sino en su intersección con el conjunto de prácticas, experiencias y mentalidades compartidas por un grupo de personas, en un determinado contexto. Los sujetos o identidades colectivas no se forman históricamente sin elaborar esas prácticas y experiencias en términos intelectuales y valóricos.

En ello es preciso considerar que esa construcción territorial de la nación dialoga permanentemente con todas estas dimensiones identitarias, imaginarias e ideológicas. Dicho de otro modo, el territorio contiene en sí mismo perspectivas materiales pero también connotaciones simbólicas. De hecho, el Estado y la nación tienden a conectarse, entre otros, a través de ese territorio, que “es común a la nación y al Estado. Pero hay una diferencia crucial entre territorio nacional y territorio estatal; el primero es una entidad moral y el último una entidad legal”⁴⁵. Se podría precisar que, más allá de cualquier “moralidad”, se trata de un territorio cargado de un sentido simbólico, en tanto la nación se sitúa en un espacio, legítimo o no, legal o reclamado, que se configura como su escenario activo.

En el fondo, se trata de poder incluir la espacialidad en el análisis nacional, con lo cual el entorno pasa a ser una suerte de documento histórico⁴⁶. Con ello no se implica que el espacio vaya a revelar la identidad de una nación, sino que ese espacio no es un simple escenario, intercambiable de un sitio a otro sin producir modificación alguna en su configuración identitaria. Así como la espacialidad incide en cómo una nación se comprende a sí misma, las conmemoraciones hacen lo propio con la dimensión temporal.